

La Liturgia de la Eucaristía

Formado, transformado y enviado

La Eucaristía es el “signo” y la “causa” de nuestra comunión con Dios y nuestra unidad como Pueblo de Dios. En la Eucaristía “nos unimos ya a la liturgia del cielo” y los unos a los otros. Transformados somos enviados a cumplir la voluntad de Dios en nuestra vida cotidiana (*Catecismo de la Iglesia Católica* [CIC], nos. 1325-26, 1332). De esta manera la liturgia eucarística es social por naturaleza. Es la celebración mediante la cual Dios nos lleva hacia la comunión con él y con los demás, formándonos y transformándonos para que vivamos siendo el Cuerpo de Cristo en el mundo.

Todos se reúnen

Al reunirnos para el culto y el rito de entrada ponen de relieve que nos reunimos como comunidad. Nos reunimos como una sola familia, cada uno proviniendo de su vida y situaciones individuales. Con el canto de entrada elevamos nuestras voces formando un coro unido. El ministro ordenado nos guía en la señal de la cruz, la cual expresa la divina comunión que existe entre las personas de la Santísima Trinidad; y nosotros respondemos con una sola voz comunitaria. Al trazar la señal de la cruz nos dirigimos a Dios, ofreciéndonos a su presencia transformadora.

Acto penitencial

Durante el acto penitencial reconocemos el pecado que afecta a nuestra relación con Dios, con nosotros mismos, con los demás y con el mundo que nos rodea. Buscamos el amor y perdón sanadores de Cristo para que así podamos ser transformados—tanto como individuos como comunidad—en un pueblo de amor. Durante la oración del *confiteor* pedimos a los miembros de la comunidad celestial, a “Santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos,” y a nuestros hermanos y hermanas que nos rodean que recen por nosotros, así como nosotros rezamos por ellos.

Liturgia de la Palabra

Es ahora cuando escuchamos la “proclamación de las maravillas obradas por Dios en la historia de la salvación” (San Pablo VI, *Sacrosanctum Concilium*, [Constitución sobre la sagrada liturgia] 35). A través de la Sagrada Escritura también recibimos enseñanzas y somos instruidos en la justicia (2 Tim 3:16). Somos guiados e instruidos en la fe y en cómo vivir una

relación recta con Dios, con los demás, con nosotros mismos y con toda la creación.

Oración de los fieles

Como escribió San Juan Pablo II, en la oración de los fieles “se recuerdan no sólo las necesidades de la comunidad cristiana, sino las de toda la humanidad” y la Iglesia “hace suyos ‘el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos’” (*Dies Domini* [Sobre la santificación del Domingo], no. 38).

Presentación de las ofrendas (el ofertorio)

Presentar donaciones para compartir con los pobres, junto con la presentación del pan y el vino, formaba parte de la tradición incluso de las primeras comunidades cristianas. Los escritos de los santos Pablo, Ambrosio, Juan Crisóstomo, Justino Mártir y Cipriano describen estas donaciones que ayudaban a los huérfanos, las viudas, los enfermos, los cautivos y los forasteros transeúntes. San Juan Pablo II nos recuerda que presentamos ante el altar algo más que nuestro dinero o donaciones, pan y vino; también presentamos nuestros corazones. Al presentar nuestras ofrendas contribuimos “una exigente *cultura del compartir*, llevada a cabo tanto entre los miembros mismos de la comunidad como en toda la sociedad” (*Dies Domini*, no. 70).

Plegaria Eucarística

Durante la Plegaria Eucarística el sacerdote reza para que podamos compartir en la comunión de los apóstoles, santos y mártires, recordando verdaderos e inspiradores ejemplos de “tantos santos, que son para nosotros un ejemplo vivo de culto eucarístico”

(San Juan Pablo II, *Dominicae Cenae* [Sobre el misterio y el culto de la Eucaristía], no. 5). A medida que continúa la Plegaria Eucarística se nos recuerda el sacrificio de Cristo para hacernos un “pueblo santo” y permitirnos “gozar todos juntos de la plenitud eterna de [la] gloria” de Dios. La cuarta plegaria nos recuerda el deseo del Padre de que “no vivamos ya para nosotros mismos” y que llevemos “a plenitud su obra en el mundo.”

Durante la *Consagración* el Espíritu Santo transforma los dones sobre el altar en el Cuerpo y la Sangre de Jesús. El sacrificio de Cristo no se queda sobre el altar, sino que llega a nuestros corazones al participar nosotros en él, para que lleguemos a conocer, y vivir, el amor que está presente en el sacrificio. El *anamnesis* (“Hagan esto en conmemoración mía”) nos recuerda las palabras de Cristo durante la Última Cena e invita a nuestra participación “en la dinámica de su entrega” (Papa Benedicto XVI, *Deus Caritas Est*, 13). Es el “amor del Señor resucitado, que también hoy parte el pan por nosotros y repite: ‘Haced esto en memoria mía’,” que fortalece a los cristianos “para defender la dignidad de todos, especialmente de los más pobres” (Papa Francisco, *Homilía del Corpus Christi*, 26 de mayo de 2016).

Rito de la Comunión

Con el rezo del Padrenuestro alabamos al Padre, rogamos que venga su Reino a la tierra y proclamamos de nuevo la necesidad que tenemos de reconciliarnos con Dios y con los demás. Durante el rito de la paz ofrecemos nuestras manos y corazones a los demás como signos de nuestra comunión, perdón y unión.

Antes de que el sacerdote eleve la hostia consagrada, este proclama cómo Cristo, “por voluntad del Padre y con la ayuda del Espíritu Santo,” dio “la vida al mundo.” En nombre de la asamblea el sacerdote reza: “Concédeme cumplir siempre tus mandamientos y jamás

permitas que me separe de ti.” Al rezar para ser fieles a las enseñanzas de la Iglesia buscamos la ayuda de Dios en nuestra vida diaria para poder seguir los mandamientos de las Escrituras y de la Tradición de nuestra Iglesia, los cuales nos llevan a una relación recta y de amor con Dios, con nosotros mismos y con los demás.

Antes de recibir la Comunión reconocemos que no somos dignos y rogamos por la sanación de Dios en nosotros y en nuestra comunidad. Nos preparamos para entrar en comunión con Cristo y el Espíritu Santo, y también los unos con los otros. San Juan Pablo II escribió en *Dominicae Cenae*: “Nos acercamos comunitariamente a la mesa.” Recibimos a Cristo como un “don y gracia para cada uno” pero también en la “unidad de su Cuerpo, que es la Iglesia” (4). La Eucaristía es “sacramento de unidad” de la Iglesia (12).

Bendición final y despedida

El rito de conclusión y la despedida nos preparan para la misión: fortalecidos por el Espíritu Santo vivimos nuestra consagración bautismal en el mundo. Renovados con la Eucaristía somos enviados de nuevo a nuestra vida cotidiana para transformar nuestra comunidad y el mundo.

San Juan Pablo II escribió que la oración después de la comunión, la bendición final y la despedida deberían llevar a “quienes han participado en la Eucaristía” a sentir “más profundamente la responsabilidad que se les confía.” Al volver a su vida cotidiana los discípulos de Cristo son llamados a “hacer de toda su vida un don, un sacrificio espiritual agradable a Dios (cf. Rom 12:1). [Cada discípulo] se siente deudor para con los hermanos de lo que ha recibido en la celebración” (*Dies Domini*, no. 45).

Las buenas noticias que hemos recibido deberían derramarse sobre nuestra vida y llevarnos a vivir nuestra misión en el mundo. Es por ello que el rito de conclusión no es un final, sino un principio, una llamada a que toda

nuestra vida sea “eucarística,” para que así “el cristiano que participa en la Eucaristía aprende de ella a ser *promotor de comunión, de paz y de solidaridad* en todas las circunstancias de la vida” (San Juan Pablo II, *Mane Nobiscum Domine*, 27). San Juan Pablo II compartió el siguiente reto:

¿Por qué no dar al día del Señor un mayor clima en el compartir, poniendo en juego toda la creatividad de que es capaz la caridad cristiana? Invitar a comer consigo a alguna persona sola, visitar enfermos, proporcionar comida a alguna familia necesitada, dedicar alguna hora a iniciativas concretas de voluntariado y de solidaridad, sería ciertamente una manera de llevar en la vida la caridad de Cristo recibida en la Mesa eucarística. (*Dies Domini*, no. 72)

La participación en la Eucaristía sana nuestras relaciones “con Dios, consigo mismo, con los demás y con el mundo,” y por lo tanto afecta “la semana entera y nos motiva a incorporar el cuidado de la naturaleza y de los pobres” (Papa Francisco, *Laudato Si’* [Sobre el cuidado de la casa común], no. 237).

El Papa Benedicto XVI nos recuerda, igualmente, que nuestra “comunión entre hermanos y hermanas” en la Eucaristía debe hacer que nazca en nosotros “la voluntad de transformar también las estructuras injustas para restablecer el respeto de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios” (*Sacramentum Caritatis* [Sacramento de la caridad], no. 89). La transformación que lleva a cabo Cristo en la Eucaristía debería obligarnos a afrontar las injusticias que degradan la vida o dignidad de los demás—los pobres, los no nacidos, los inmigrantes, los ancianos—todos nuestros hermanos y hermanas que están necesitados.

Copyright © 2013, 2021, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Todos los derechos reservados. Se autoriza la reproducción de esta obra, sin adaptaciones, para uso no comercial.